

Peregrinos y caminos del Llano

Simón Andrés Villegas Bedoya

Peregrinos y viajeros de todo tipo han vagado por las páginas de la literatura de siglo en siglo, de país en país, de poeta en poeta. Surcando los caminos del mar y de la tierra, del aire y aun del tiempo. Ulises, navegando de regreso en busca de su amada Ítaca; Marco Polo, de aquí para allá por el Oriente; san Brandán y su alucinado periplo en busca de la Isla Bienaventurada; los romeros contadores de cuentos de Chaucer; Dante, en su paseo por la ultratumba; Astolfo, en busca de una cura para la locura de Orlando, subiendo a la Luna montado en un carro de fuego; la tripulación del Pequod, en su enloquecida carrera tras el rastro de la ballena blanca; el viajero a través del tiempo, que regresa del futuro, según Wells, con una flor marchita en su mano... todos ellos en un catálogo interminable.

Ahora bien, viaje y peregrinación no son para la literatura la misma cosa, y peregrinos y viajeros conforman paradigmas poéticos muy distintos entre sí. Si bien el peregrinaje es un tipo de viaje, esto es, un tipo de desplazamiento espacial, tiene unas connotaciones singulares. El viaje, normalmente, no tiene por qué tener una meta clara o determinada. La guía del viajero es, hasta cierto punto al menos, el azar, la aventura, los avatares múltiples del camino. El viajero es consciente de que su suerte es partir de un lugar (su tierra natal) al que los albures del itinerario, con sus designios caprichosos, pueden muchas veces volverle a llevar. El viaje se abre a las posibilidades infinitas e incontables de la intemperie, del descampado, del *mundo de afuera*, pero se cierra sobre un punto de llegada (porque ha de tenerlo siempre por fuerza) que puede coincidir con el mismo que marcó la salida. Su modelo es, pues, circular. La peregrinación, en cambio, parte de un lugar para

llegar siempre a otro, distinto y anhelado. La ruta es clara y no hay lugar para desvíos, atajos o contingencias: es una recta finita y medible. Mientras que el viajero puede sentarse a descansar en cada trayecto andado a la vera del camino, el peregrino solo se permite hacerlo una vez ha alcanzado su meta. El viajero desanda sus pasos, hace un rodeo, se pierde. El peregrino no se permite la duda o la vacilación, y cada paso que da deja un huella indeleble que ha de guiar a quienes le seguirán luego.

En *El Llano en llamas* de Juan Rulfo hay, sobre todo, peregrinos, y caminos; eso sí, muchos caminos. Estos peregrinos de Rulfo, sin embargo, y en ello radica su principal característica definitoria, semejan, más que una alegre comitiva primaveral como la de Chaucer, un cortejo fúnebre. En efecto, por esos caminos secos y fatigados del Llano Grande jalisciense (acaso la construcción literaria mejor lograda de Rulfo) van los peregrinos como ánimas en pena, con sus muertos a cuestras aunque con la plática a flor de labios.* Yendo y viniendo entre fantasmas; “platique y platique” con ellos, con su memoria y con su olvido. El propósito de esta nota es dar cuenta, breve y ociosamente, de las características más sobresalientes de algunos de estos peregrinos.

Peregrinos son, por ejemplo, los cuatro protagonistas de “Nos han dado la tierra”. Un camino sin orillas los va llevando a una suerte de tierra prometida, donde podrán descansar y reconfortar sus vidas: una esperanza última. Como para todo peregrino (como sí lo puede ser para el viajero), el camino no es la meta de estos cuatro campesinos: es tan solo eso, un camino, una dura vereda que hay que recorrer para poder alcanzar la vega florida y fértil que

aguarda al final, tras el horizonte: “Después de venir once horas pisando la dureza del Llano, nos sentimos muy a gusto envueltos en aquella cosa que brinca sobre nosotros y sabe a tierra”.¹ La tierra anhelada, donde hay agua y gente y animales, se convierte así en el motor que anima el peregrinaje y le dota de sentido.

Peregrinos son también los personajes de “El hombre”. Aquí es la muerte la que echa al camino a los dos peregrinos: estos siguen las huellas de los asesinos de sus parientes, para vengarles. Es esta, pues, una peregrinación que, a la inversa del que encontramos en el cuento anterior, lleva al pasado y no al futuro. Su búsqueda desesperada posee, en efecto, todos los rasgos de un peregrinaje, toda vez que este dirige siempre a un fin al que el peregrino sabe ajeno y extraño, distinto y a la vez complementario. Se peregrina porque se siente la ausencia profunda de algo, algo que el destino del camino puede satisfacer. De ahí el carácter místico y trascendente de toda peregrinación. El santuario o sanctasanctórum cuyo alcance marca, normalmente en la mitología y simbología literarias tanto de Occidente como de Oriente, el final de la travesía funciona pues como metáfora del bien anhelado y alcanzado, un bien, material o espiritual, con cuya adquisición el peregrino conforta la ausencia que lo animó a salir. Esto habla también del carácter absolutamente íntimo de la peregrinación: por más que los peregrinos se acompañen, se guíen y se animen unos a otros, saben que marchan siempre solos. En el caso de los personajes de este cuento, pues, el bien alcanzado al final del camino se representa en el asesinato de aquel a quien perseguían (aunque uno de ellos no lo consiga del todo), cuya muerte ansiaban y buscaban: “era yo el final de su viaje”.² Se entiende, pues, que ambos personajes peregrinan uno en busca del otro, soñando con ver sus caras muertas, en un camino dual pero unidireccional, y de ahí la riqueza y complejidad estéticas que, en cuanto al manejo del tema que nos interesa ahora, presenta este cuento en particular.



Luis González Palma. Sin título. Impresión digital sobre papel de arroz. 110 x 110 cm

En “Talpa”, por otra parte, son tres los peregrinos y uno solo su destino: el santuario sanador de la Virgen de Talpa. El final del peregrinar por “aquel camino ancho parecido a la corriente de un río, que nos hacía andar a ras-tras, empujados por todos lados como si nos llevaran amarrados con hebras de polvo”,³ el bien buscado, se traduce, también aquí, en términos de muerte. La peregrinación emprendida anhela la muerte: “[...] nosotros lo llevamos allí para que se muriera, eso es lo que no se me olvida”.⁴ Y en efecto, Tanilo Santos muere al frente de la virgen, en una *sanación* absoluta y total – y, valga decir, no exenta de ironía – de las llagas de su cuerpo.

En “Luvina”, el tema del peregrinaje adquiere quizá su grado más alto y acabado de poetización. A Luvina, pueblo con “nombre de cielo”, marchan los peregrinos “cargados de ideas” y “con las ilusiones cabales”, pero lo que encuentran es la desolación absoluta. Una peregrinación que parece no tener retorno, pues los peregrinos que coronan su camino se ven condenados a morir allí, como si de un espacio de ultratumba se tratase: “[...] aquello es el

purgatorio. Un lugar moribundo donde se han muerto hasta los perros y ya no hay quien le ladre al silencio”.⁵ Es una peregrinación última y final, pues, la que emprende todo aquel que decide alcanzar los cerros de Luvina, y de ahí la analogía que podríamos trazar con la vida humana en su marcha ineluctable hacia la disolución de la muerte.

“Paso del Norte”, a su vez, nos presenta una peregrinación frustrada y malograda. Y es que las peregrinaciones, como los viajes, están sujetas a los caprichos de los hados, y su realización cabal no depende enteramente de la voluntad ni de la entereza del peregrino. Lo llamativo en este cuento es la metamorfosis final del peregrino fallido en viajero, pues por salir en busca de su mujer decide irse “por esos rumbos”, “por ahí”, sin un destino fijo como sí lo tuvo al principio.

En “No oyes ladrar los perros” padre e hijo, fusionados en una sola figura humana, en una sola sombra sobre el camino, marchan al pueblo de Tonaya en busca de alguien que cure al hijo moribundo. La esperanza del padre, la de oír ambos los ladridos de los perros del pueblo, y saber, por ende, que el peregrinaje terminaba para los dos en el bien esperado, se ve truncada por la muerte del hijo: “No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza”.⁶

“Anacleto Morones” presenta, finalmente, un acercamiento más humorístico al tema que tratamos. La aparentemente piadosa peregrinación de las congregantes del Niño Anacleto (cuya presentación inicial por parte del narrador, con matices tan dramáticos, pareciera recordar a la de las brujas de *Macbeth*: “¡Viejas, hijas del demonio! Las vi venir a todas juntas, en procesión. [...] Su cara ya ceniza de polvo. Negras todas ellas”),⁷ en busca de un testigo para la causa de canonización de su santo, se transforma al final en una parodia, pues el santo al cual quieren canonizar termina siendo todo menos un santo. Una parodia de peregrinación, ¿y acaso también

una metáfora de lo vano de todo peregrinar, de todo desplazamiento humano?: “—Entonces sale sobrando que yo vaya a Amula”.⁸

Peregrinos y caminos, en fin, tan reales, tan literarios, que comprende y abarca en su holgura el Llano. Sus características múltiples y sus sutiles matices, de lo cuales aquí no hemos insinuado sino un atisbo, nos hablan de la riqueza estética de *El Llano en llamas*, inagotable, como toda obra clásica lo es, en ecos y sugerencias.

Posdata: En el tintero se nos queda mencionar de paso el que acaso sea el más destacable arquetipo de peregrino logrado por Rulfo, su personaje de Juan Preciado en *Pedro Páramo*, de peregrino a Comala en busca de su difunto padre...

Nota

- * Podría decirse que dos de los elementos principales de la narrativa rulfiana son la muerte y la plática o conversación, la una como estado y ámbito propio, cerrado e incomunicable de los personajes, y la otra como mecanismo de comunicación (ya entre el narrador y los personajes, ya entre el narrador y su narratario) que racionaliza ese estado personal y lo hace, por ende, transferible, colectivo y grupal. Prueba de la relevancia del elemento oral es la presencia de giros, expresiones, vocablos y estructuras sintácticas propios únicamente del habla popular, y que enriquecen enormemente la estética de una obra como *El Llano en llamas*.

Referencias

- 1 Rulfo, J. (1985). *Obra completa*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, p. 6.
- 2 *Ibíd.*, p. 25.
- 3 *Ibíd.*, p. 37.
- 4 *Ibíd.*, p. 40.
- 5 *Ibíd.*, p. 66.
- 6 *Ibíd.*, p. 77.
- 7 *Ibíd.*, p. 83.
- 8 *Ibíd.*, p. 88.

Simón Andrés Villegas Bedoya es estudiante de Filología Hispánica en la Universidad de Antioquia. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.